

*Lección inaugural*  
**Lúcas López**



La chimenea está encendida y huele a tea. El Teide nevado asegura el frío en la ciudad de La Laguna. El escribano don Juan de Anchieta pasea expectante. Don Juan, aunque no pierde la calma, pues es ya el quinto parto de su esposa, doña Mencía de LLarena y Clavijo, que trajo con ella a dos criaturas al matrimonio, está sin embargo a la expectativa, pues desearía tener su primer hijo varón.



Es el 19 de marzo de 1534. Tres años antes San Cristóbal de La Laguna es reconocida como ciudad. Fundada en 1496, por don Alonso Fernández de Lugo, primer Adelantado de Canarias. Cuando por fin se oye el llanto, avisan a don Juan de que se ha cumplido su deseo.



Saltamos ahora a París, unos meses después. Es el 15 de agosto de aquel mismo año de 1534, día de la Asunción. Nos encontramos en Montmatre. Siete hombres, que visten la toga de los estudiantes de la Sorbona, asisten a la celebración. Cuando el sacerdote, Pedro Fabro, saboyano, alza el cuerpo de Cristo, uno de los asistentes se acerca al altar, se arrodilla y pronuncia un voto:

*Yo, Francisco Javier, prometo con voto peregrinar en pobreza a Jerusalén y emplear mi vida en servicio de Dios y de nuestros prójimos.*



Le siguen Diego Laínez, Nicolás de Bobadilla, Simón Rodrigues, Alfonso Salmerón, Ignacio de Loyola y, finalmente, el propio Pedro Fabro. El futuro inmediato será sorprendente para estos hombres. Marchan a Venecia con intención de

embarcarse para Jerusalén, pero las guerras con la armada turca en el Mediterráneo impiden la partida de las naves. Van a Roma para ponerse a disposición del Papa. Al frente del grupo quedará ya como superior general el capitán Yñigo López de Loyola, pariente de Anchieta. Los Loyola y los Anchieta provienen del mismo valle de Guipúzcoa, el valle del Urola, entre Azcoitia y Azpeitia. La historia de José quedará marcada por este pariente y este grupo de hombres.



Al comienzo de la década prodigiosa, la que acabó con el Apolo XI en La Luna, un lustro antes de la primera emisión de ECCA, es decir en 1960, la ciudad de Sao Paulo regala a La Laguna una imagen de José de Anchieta. Hoy preside la rotonda que, viniendo desde Geneto, abre las puertas de la ciudad de Los Adelantados. Bruno Giorgi, autor de la misma, presenta un Anchieta joven y elegante. Abandona el realismo y discurre por sendas simbólicas: plasma unos pies desproporcionadamente grandes; las manos se apoyan en un bastón y, a la vez, bendicen; la cabeza mira el entorno.

Antes de detenernos en más detalles de su historia, debemos subrayar y comprender el acierto del escultor, Bruno Sorgi. El artista modela unos pies desproporcionadamente grandes que invitan a reconocer el carácter de viajero y caminante que marca la vida de Anchieta. Encaja a la perfección en el lema escrito por los primeros compañeros jesuitas, en sus documentos fundacionales. En feliz y simpática formulación: "...nuestra promesa e intención de discurrir por el mundo". Sin límites. Sin fronteras. Llama mucho la atención la postura del rostro de José en la imagen lagunera: mira hacia un lado, en permanente observación de su entorno. Esa actitud vital, lo acompañará toda su vida. Será un observador permanente, capaz de indagar en su entorno y comprender el mundo en el que se mueve. También en esto sigue de cerca la pretensión de Loyola, el fundador de los jesuitas, que insistía en que la mejor forma de orar es "pasar los sentidos", es decir, observar con dedicación cada aspecto de la realidad en la que vivimos. Finalmente, las manos de Anchieta:

con una se apoya en un bastón que sugiere los difíciles caminos que tuvo que recorrer en la vida. Con la otra, bendice. Su vida está llena de un buen hacer en favor de las personas y, principalmente, de quienes más necesidades tenían: se dedicó a la enseñanza, al cuidado y curación de los enfermos, a la conciliación y la atención de paz entre los enfrentados, a la defensa de los derechos de los pueblos indígenas, a la literatura y la organización. En síntesis: un hombre atento a la realidad, comprometido con hacer el bien y con luchar por la justicia, caminante incansable. Este es José de Anchieta.

Pedro Núñez, el mayor de los hijos de doña Mencía, se muestra como un joven cabal al que atrae las letras. Ni la universidad de Salamanca ni la nueva universidad de Alcalá pueden ser su destino, porque Dña. Mencía proviene de familias judías conversas. Los muchos vecinos portugueses que viven en La Laguna dan una pista.

Es septiembre de 1548. El hermano mayor va a la Universidad de Coimbra; José, en cambio, que apenas tiene catorce años, lleva como destino el Real Colegio de Artes de la misma ciudad, organizado apenas un año antes por el Rey Juan III. Allí encontrará un profesorado espléndido y combativo, que se ha traído a Portugal las controversias vigentes en la Sorbona o en Lyon. Entre el profesorado, está Diego de Gouvea, que ha sido rector del Colegio de Santa Bárbara, en París, donde conoció al maduro estudiante Loyola, al que hoy denominamos San Ignacio.

En Coimbra, los jesuitas tienen uno de sus primeros noviciados. Muchos de los miembros de aquella comunidad son condiscípulos o profesores de José en el Real Colegio de Artes. Su ejemplo de vida sirve de camino para un deseo que va naciendo en el corazón del canario: hacerse jesuita. El P. Simón Rodrigues, uno de los primeros compañeros de Ignacio de Loyola, escucha atento al joven candidato en su despacho de la residencia de los jesuitas en Coimbra. El muchacho manifiesta



claramente su temor a no ser admitido dada la precaria salud demostrada en los dos años que lleva en el Real Colegio de las Artes.

Rodrigues concluye:

No se ha de preocupar, vuesa merced, por la fragilidad de su cuerpo. Parece que su alma promete todo lo que es menester para el servicio de Nuestro Señor en esta, su Compañía. Es el 1 de mayo de 1551. José de Anchieta es admitido en el noviciado de los jesuitas en Coimbra. Dos años después, asomado sobre la borda, José ve cómo se va quedando atrás Portugal, el noviciado, el colegio. Es 8 de mayo de 1553. Pronto hará amistad con buena parte de la tripulación. Se le ve asumir trabajos propios de los marineros y otras tareas propias de su condición.

A bordo, está el agua racionada y los animales por la cubierta. Los olores son intensos a pesar de que, con frecuencia, los barre el viento. Los días pasan y los alimentos escasean. Hay noches de relámpagos, vientos y lluvias, olas que barren las cubiertas. Buena escuela para el mundo nuevo y conflictivo en el que pronto tendrá que vivir. En tiempos de desolación, escribía Loyola proponiendo su propia experiencia, no se debe hacer mudanza.



El 13 de julio de 1553, la ciudad de Salvador de Bahía tiene apenas cuatro años cuando llegan a ella Anchieta y sus compañeros. Anchieta, nacido en una ciudad que apenas había conseguido el título como tal unos años antes, vuelve ahora a pisar suelo en una tierra de fundaciones recientes. Al llegar a Bahía les espera el mensaje del superior de los jesuitas brasileños, Da Nóbrega, que les pide que embarquen de inmediato para San Vicente. La capitania de San Vicente, donde los jesuitas han fundado el primer colegio en América, está a dos mil kilómetros al sur. Así que, apenas unos días después de su llegada desde Portugal, Anchieta y sus compañeros están de nuevo navegando. Pero el mar enviste contra la nave que queda tocada de

tanta potencia y les obliga a fondear para reparaciones. En la playa pronto se acercan los pueblos indígenas que resultan amigables. El canario, que ya domina el portugués, el castellano y el latín, avanza rápido por un mundo lingüístico totalmente diferente: empieza a anotar palabras para su diccionario y escribe sus primeras observaciones intentando comprender la gramática de la que se conoce como Ñe'engatú, “lengua yeral” del Brasil.



Llegan a Sao Vicente en las vísperas de la Navidad de 1553. Pasarán aquellos días en el colegio al que, en muy poco tiempo, los jesuitas han conseguido convocar a muchos niños del país. Por primera vez, en conversaciones con sus compañeros, Anchieta cae en la cuenta del maltrato que los colonos dan a los indígenas. José guarda todo esto en el corazón. En unos días, caminan hacia una pequeña colina entre dos ríos que está como a unas tres jornadas de camino. Se llama Piratininga. El 25 de enero de 1554, festividad de la conversión de San Pablo, el P. Pavía preside la misa con la que se inaugura el colegio de San Pablo. La maloca de Piratininga sirvió como centro de atención y asentamiento para un grupo creciente de indígenas. Los mayores reciben instrucción en carpintería y otras formas de artesanía, los pequeños aprenden a leer y escribir.

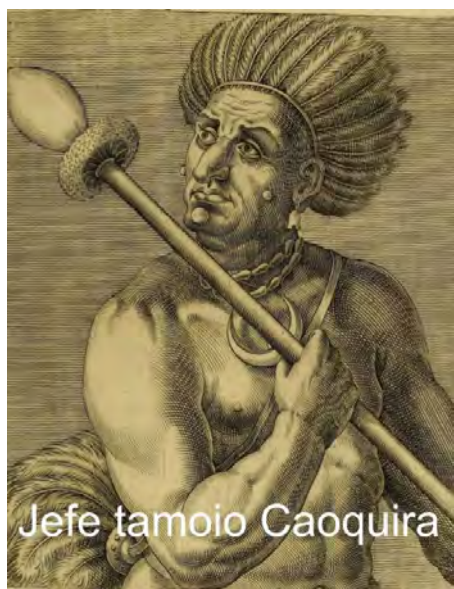
La curiosidad del canario no se detiene: aprende pronto la lengua indígena y llega a escribir un catecismo en lengua tupí guaraní mientras prepara la gramática que ha de servir para el aprendizaje de la misma para sus compañeros jesuitas que llegan de Portugal. Pronto se encarga de escribir los teatrillos que se representan en las fiestas y en las solemnidades. Usa en ellos el ñe'engaú, el portugués y también el

latín. Sus muchachos aprenden jugando. Se acerca como alumno aplicado al saber sobre salud de los indígenas y empieza a usarlo con notable éxito -pasará a las leyendas populares como un curandero capaz de sanar toda dolencia-. El adobe pasa a ser parte de las construcciones del poblado que, en unos meses, cuenta ya con algunas calles. La construcción de la Iglesia y el camino que va hacia la costa, hoy Avenida Anchieta, son también obra de este tiempo fundacional. Durante una década, José será el maestro de Humanidades en este colegio.



El 1 de noviembre de 1555, unas seiscientas personas francesas, la mayoría colonos hugonotes, se asientan en una pequeña localidad en un lugar elegido con un problema: está a medio camino entre las capitanías de San Salvador de Bahía y de San Vicente: los portugueses consideran propias estas tierras. Para enfrentarlos, los franceses consiguen una alianza con un pueblo indígena aguerrido: los tamoios.

Sao Paulo, en Piratininga, no queda ajeno a las incursiones de este pueblo que se envalentona todavía más con el apoyo de los franceses. Durante la próxima década, la situación se complica cada vez más. Para los jesuitas, es una situación que hay que afrontar poniendo freno a los franceses y pactando con los tamoios un acuerdo de paz.



En abril de 1563, Da Nóbrega emprende con José de Anchieta el camino hacia tierra de los tamoios. El canario domina la lengua local y ha demostrado una reciedumbre y fortaleza poco comunes. Antes de llegar a Iperui los tamoios los asaltan. José les habla en su propia lengua y los apacigua, consiguen que los lleven ante la presencia de Caoquira. Lo vivido por los dos compañeros jesuitas en aquel tiempo entre los Tamoios es una historia llena de esfuerzos de diálogo, peligros y amenazas, aprendizaje y bondad. Tras muchas conversaciones, los dos jesuitas alcanzan un acuerdo con el jefe Tamoio. Pero ahora hay que conseguir la aprobación de Men de Sá, nuevo gobernador general de Brasil. Nóbrega parte solo.

Anchieta queda como rehén. Aprovecha para mejorar su dominio de la lengua y para

investigar de nuevo la naturaleza que les rodea y las plantas medicinales. Se dedica también a enseñar a leer y a escribir a sus guardias y sobre las arenas de la ribera del río escribe y memoriza su poema latino más importante: a la Virgen María.

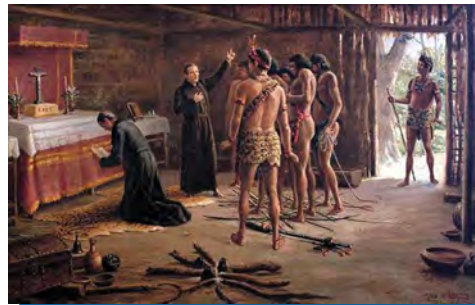
Una vez alcanzado el acuerdo con los tamoios, el capitán Estacio de Sá, emprende la expedición para echar a los franceses. Lo acompañan algunos jesuitas, entre ellos, el propio José de Anchieta, con el que hace amistad. Cuando llegan a la bahía de Guanabara eluden a los franceses y buscan un lugar para poner el campamento. Descubren un espacio apropiado entre lo que hoy conocemos como el Pan de Azúcar y el Cerro Cara de Câo. La bahía es conocida por los indígenas como Guanabara, pero para los portugueses, desde enero de 1502, en la que la visitara Gaspar de Lemos, recibe el nombre de Río de Janeiro (ría de Enero); ahora, en homenaje al rey, se llamará San Sebastián de Río de Janeiro. A partir de ese momento, la batalla está servida. Anchieta permanecerá al lado de Estacio de Sá y establece una amistad sincera con el capitán. Sin embargo, por indicación del superior general de los jesuitas, deberá volver a Bahía para acabar su formación y recibir la ordenación sacerdotal.



Durante un año, José de Anchieta continúa sus estudios hasta ser ordenado sacerdote. En Bahía observa los crecientes problemas de los jesuitas con la sociedad colonial por el trato a los indígenas. El canario escribe a sus superiores en Europa con relatos en los que se muestran esos abusos. En medio de esta polémica, tras la vuelta a Guanabara, Anchieta asiste a la expulsión de los franceses y acompaña en el lecho de muerte a su amigo el capitán Men de Sa, herido en combate.



Prácticamente a la vez que Estacio de Sá consolida su posición en Guanabara, los jesuitas fundan un colegio. El padre Manuel da Nóbrega, que ha dejado ya sus funciones como superior de los jesuitas de Brasil, queda al cargo del mismo. Será su última misión, porque en 1570, en octubre, Da Nóbrega fallece con 53 años. A Anchieta le toca suplir en el colegio de Río al padre Nóbrega. Disfruta de la tarea educativa y no deja de escribir. Cada vez, sus comunicaciones con los superiores en Europa ponen más el acento en la denuncia de los abusos que los colonos cometen con los indígenas. Hay que conseguir que los portugueses dejen en paz a los indios y que ningún indio brasileño pueda ser esclavizado. Anchieta está muy esperanzado por la próxima llegada de nuevos compañeros desde Europa.



De tierras portuguesas y castellanas, Ignacio de Acevedo, selecciona un amplio grupo de jóvenes jesuitas que embarcan hacia Brasil. Por el camino, desembarcan en el puerto de Tzacorte, donde hace de generoso anfitrión un viejo amigo de Acevedo, don Melchor de Monteverde. Son unos días de descanso y recomposición. Los piratas no son novedad en la isla que, años antes, en en la tarde del 21 de julio de 1553, ha visto cómo su capital, Santa Cruz de La Palma, ha sido tomada por François Le Clercq, apodado “Pata de palo”; en su flota está un joven Jacques de Sores, que pronto será apodado como “el ángel exterminador”, pues en 1555 arrasa la ciudad de La Habana.



Cuando quince años después, en 1570, Anchieta recibe la noticia de que Acevedo y sus compañeros, cuarenta en total, fueron degollados y arrojados al mar frente a las costas de Fuencaliente, le contarán que el capitán de la nave asesina es Jacques de Sores. Con 43 años de edad, 26 de jesuita y 24 en Brasil, José de Anchieta recibe el nombramiento como nuevo superior provincial de los jesuitas de Brasil. Durante su provincialato se acentúan los conflictos con los colonos portugueses. La defensa de los indios pasa a ser la prioridad.



La historia de opresión que vivieron los pueblos originarios comienza prácticamente desde que Cristóbal Colón pisara tierras del Caribe. En Salamanca, el profesor dominico Francisco de Vitoria defiende el derecho divino de los reyes indios. Otro dominico, Bartolomé de Las Casas denuncia los desmanes de los encomenderos y las autoridades coloniales. A su juicio, en el nombre de Cristo se explota a los hijos de Dios y se abusa sexualmente de sus hijas. Su grito tendrá eco en la corte de los reyes de España.

En Brasil, Anchieta insiste y promueve en cartas y conversaciones que se consiga una norma por la que los indios del Brasil no puedan ser esclavizados. Sin embargo, los colonos también contraatacan. Gabriel Soares de Souza envía a la corte un escrito “contra los padres de la Compañía de Jesús en Brasil”. Los acusa de tener un reino aparte. Y uno de los señores más influyentes de la colonia, García D’Avila invade las aldeas donde están los jesuitas y se lleva a los indígenas para esclavizarlos. El Padre General ha enviado a Brasil al P. Gouvea que propone abandonar los campamentos hasta conseguir que las autoridades y el rey garanticen la jurisdicción efectiva de los jesuitas sobre los mismos, evitando así la arbitrariedad y el capricho de los colonos. Anchieta continuará con una política de comunicación insistente con la corte y con los superiores. La polémica se prolonga pero el rey no llegó a prohibir la esclavitud.

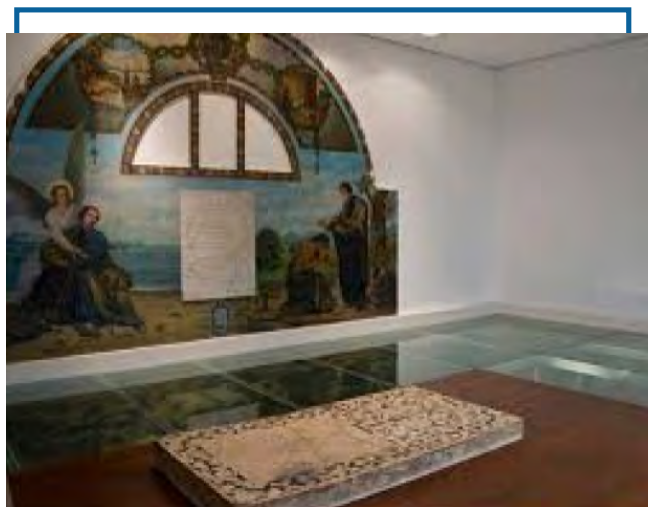
Dos siglos después, decretará la expulsión de los jesuitas de su reino. Los pueblos indígenas perderán un importante aliado en su defensa.

José de Anchieta, provincial de los jesuitas de Brasil, es un hombre incansable que recorre caminos visitando a sus compañeros, alentando en su trabajo y enfocándose prioritariamente hacia el acompañamiento, la protección y el servicio de los pueblos indígenas. Como provincial, Anchieta mandará jesuitas a Paraguay. La historia posterior, tiene sus ironías. En 1606, unos años después de su muerte, los jesuitas de Paraguay fundan su primera misión entre los Guaraníes, la de San Ignacio Guasú, al norte del río Paraná. Llegarán a ser treinta pueblos organizados en la más impresionante red de ciudades dirigidas por los propios guaraníes, con sus propias leyes, con sus propias escuelas, con su propio ejército. Y serán precisamente los portugueses de Sao Paulo, llamados bandeirantes, los que hostigarán con gran saña al pueblo guaraní.



El hermano Jerónimo, su acompañante habitual en los caminos de Brasil, dejará escritas las palabras de Anchieta cuando le preguntó por qué sobre cómo veía su futuro:

*«Algunos desean que les coja la muerte en varias partes o colegios, conforme al afecto de cada uno, para pasar aquel último trance con mayor ánimo y consuelo, ayudados de la caridad de sus Hermanos; pero yo digo que no hay género de muerte mejor que dejar la vida anegada entre el cieno y el agua de estas lagunas, caminando por obediencia y el bien de nuestros prójimos».*



*Anchieta dejó su cargo en manos de un nuevo provincial en 1587. Los años siguientes continuará su actividad incansable. Seguirá escribiendo. Seguirá estudiando. Seguirá entregado a los indígenas. Llegará a contemplar cómo en 1595 se publica en Coimbra la primera edición de su gramática tupí-guaraní.*

*Ese mismo año, escribe al padre Ignacio Tolosa una carta en la que explica por qué ha decidido vivir en Reritiba, ante la invitación del padre provincial, Pedro Rodrigues, de elegir la comunidad donde quiere pasar sus últimos años:*

*“...para ayudar en la enseñanza de los indios, con los cuales me va mejor que con los portugueses, porque fue a los indios y no a los portugueses a los que vine a servir a Brasil”.*

El 9 de junio de 1597, con algo más de 63 años, entrega su vida. Los indios llevaron a hombros su cuerpo hasta la villa de Victoria. Anchieta no es el último jesuita canario con la misión de acompañar a los pueblos indígenas de América Latina. La figura del palmero José Arce Rojas, en el siglo XVII, cuyo cuerpo fue atado a una cruz y echado río abajo, hace de puente a la de quienes hoy están también en la Amazonía trabajando para acompañar, defender y servir a los pueblos. En la actualidad, casi una veintena de jesuitas nacidos en Canarias están repartidos por el mundo. También en América Latina y también en Brasil, en la Amazonia.

Cuando Anchieta fue canonizado, el superior general de los jesuitas, P. Adolfo Nicolás SJ, escribió una carta que, tras recorrer la figura de José de Anchieta, proponía:

*“Para la Compañía de Jesús es una ocasión de reanudar con intensidad la búsqueda de aquellos horizontes que él persiguió y que son siempre nuevos: la sensibilidad ante la diversidad étnica y la pluralidad religiosa, cultural y social; el desarrollo incansable de una fresca libertad creativa y una responsable capacidad de improvisación; la búsqueda constante de expresiones inculturadas para la experiencia cristiana y evangelizadora”.*



Hoy, me animo a proponer a este canario ilustre como modelo para el modo de actuar de ECCA: itinerante en el trabajo, siempre buscando el bien de quienes más necesidades tienen y con una gran sensibilidad para la cultura y la sociedad de cada momento. En la alianza que es ECCA, esta mirada jesuita no está de sobra. Muchas gracias a todas y todos.



